

acordaron de entrar de guerra en la tierra; y porque el Vergara traía dañados sus navíos, pidió y requirió á Francisco Ruiz que le diese uno ó dos de sus bergantines, para yr á atender al capitán Johan de Ayolas, y no lo quiso hacer: antes le hizo todas las vexaciones que pudo, y el Vergara se volvió á su puesto primero con harta necesidad á esperar á dicho Johan de Ayolas. En este medio tiempo ya Johan de Ayolas avia llegado á do mandó que le esperasse el dicho Vergara, y cómo no lo halló, atreviéronse los indios, por le tomar los indios qué traía de la tierra adentro, y le quitar el metal y otras cosas que avia avido en su viaje, y tomáronle sobre seguro, y mataron á él y á los chripstianos que con él volvían, de los cuales se escapó un muchacho que quedó entre los mismos malhechores. Yendo el río arriba el Vergara, y llegado quarenta leguas antes de do murió Johan de Ayolas, salió á él un indio principal con su gente, so color de paz y dalle de comer y le quissieron matar, y teniéndole presso se soltó de entre ellos y se dió tan buen recabdo, que los desbarató y se recogió con los suyos, aunque herido él y algunos dellos. Viendo esto, se subió con los bergantines á aguardar al dicho Johan de Ayolas; y quando llegó á donde avia de esperar, los indios rescibieron al dicho Vergara con mucho plaçer, diciendo que le darían de comer, é assi se lo truxeron algunos dias; pero no pudieron dissimular su mal propósito que los chripstianos no conosciessen su ruin intencion, y decíanle que tenían nuevas que Johan de Ayolas estaba rico de oro y plata, y la tierra adentro entre los indios que se dicen los *chanes*. Los chripstianos que esto oían, creyéndolos se aseguraron, y entrando algunos á pescar y por la tierra á montar, mataron dos dellos; y luego los indios vinieron á hablar al dicho Vergara,

y estando departiendo con él, le prendieron en tierra, y le tenían diez ó doce indios mançebos y reños, de los cuales se descabulló, herido él con su propia daga de una cuchillada por la cara; y cómo se soltó, tomó una espada á un soldado é hizo con ella tanto, que á los indios que ya estaban dentro en los navíos, dando de palos á los chripstianos, los echó fuera á cuchilladas y con mucho daño dellos; y en fin con mucho trabaxo se desviaron los nuestros de aquella mala gente. Y cómo quedaban maltractados los chripstianos, se baxaron el río abaxo á la Asunción, y hallaron al capitán Salazar que lo avia allí dexado por teniente Francisco Ruiz, y él se avia ydo por falta de comida al asiento que dicen de *Buenos Ayres* con la mayor parte de la gente; y el Salazar hizo mal acogimiento al Vergara é pidióle la gente, y aun entendió en se la amotinar y él quedó allí sufriendo y dissimulando, segund el tiempo. Francisco Ruiz no mirándolo bien, fué al asiento de los tinbus y con engaño, en un convite, estando comiendo algunos chripstianos con los indios persuadidos de Francisco Ruiz, dieron de puñaladas á muchos indios y mataron á su principal llamado *Chararaguaçu*, que quiere decir capitán grande, y mataron otros sus deudos, porque se avian venido á sentar y vivir en aquel asiento donde primero avian vivido los chripstianos, é avian muerto dos españoles un año antes desto; é puso allí el dicho Francisco Ruiz capitán con ochenta chripstianos á Antonio de Mendoza, natural de Tarifa. Por estas muertes, sentidos los indios llamados tinbus, pidieron al dicho Francisco Ruiz que no dexasse allí chripstianos ningunos, porque todos los indios comarcanos venían á los matar é á vengar los indios muertos y heridos. Desta amonestacion ó aviso hizo poco caso el dicho Francisco Ruiz, y dexando allí los chripstianos que

dicho, él se baxó con el resto de la gente al asiento de Buenos Ayres, y halló allí la caravela que fué de España con Alonso Cabrera, y la nao de Pao Calvo que avia vuéltose del Estrecho de Magallanes. En tanto por industria de los indios don Antonio Mendoza envió quarenta chripstianos con un indio principal, que se le vino á congraciarse cautelosamente, y esta mala guia metió aquellos ignorantes chripstianos en una çelada, donde estaban mas de quatro ó cinco mill indios de diversas lenguas juntados, que los mataron á todos á palos, despues de los aver abrazado, sin se poder valer ni aprovechar de sus armas, excepto un español llamado ¹. que se dió tal recaudo, que con su espada hizo maravillas en su defensa, é mató á algunos é hirió á otros muchos, y al cabo quedó assi-

mesmo muerto: que ninguno escapó de los nuestros, sino un muchacho chripstiano, dicho Calderonçico y lengua, que se lo llevaron los indios tinbus. Y los restantes que quedaron al dicho Antonio de Mendoza, sabido esto, se pussieron en defensa, porque luego le fueron los malhechores á çercar, é le dieron reños combates y al cabo le mataron, é los demás escaparon heridos: en la qual batalla hizo muy bien su oficio un chripstiano, llamado Arévalo, que mató con los versos de su artillería algunos indios; y los españoles que escaparon fué porque Francisco Ruiz avia enviado á avisar lo que es dicho, y hallados muertos los quarenta de la çelada primeros, y viendo los restantes afligidos del combate ya dicho, los recogieron y llevaron al dicho asiento de Buenos Ayres.

CAPITULO XIV.

En que la historia procede haciendo relacion de lo que subçedió despues de la muerte de los chripstianos que el capítulo precedente ha contado, y de la industria y mal intento del tirano capitán Francisco Ruiz, y de otros subçesos convinientes al discurso destas materias.

Estando las cosas en el estado que tengo dicho, vino á noticia de Francisco Ruiz, como el Emperador, nuestro señor, enviaba á socorrer aquella tierra con el veedor, Alonso Cabrera, que llevaba provisiones para que Johan de Ayolas gobernasse, ó aquel que él oviesse nombrado, é que si el tal nombrado no oviesse, que era la voluntad de Su Magestad que la gente se juntasse, y en conformidad que eligiessen gobernador que en nombre de Su Magestad gobernasse é tuviesse la tierra en justicia. Cómo deste proveymiento no se contentaba el dicho Francisco Ruiz, que tiranamente se avia introducido en el mando de la gente y

gobernacion, como es dicho, despues que el dicho Cabrera llegó, uvo muchas formas y cautelas, para se quedar por general, y supo el dicho Cabrera que Domingo de Irala ó de Vergara, de quien la historia ha tractado, lo debía ser, conforme al nombramiento de Johan de Ayolas, y á lo quel Emperador mandaba, que el dicho Cabrera llevaba ordenado. Pero por sosegar la gente, como mañoso, se concertó con el Francisco Ruiz, é hicieron sus pleytesias para que juntos pacíficamente gobernaran, hasta saber del dicho Johan de Ayolas é poner en efeto lo que Su Magestad mandaba; y para este fin se hicieron siete bergantines y se

¹ En el original se halla este nombre en claro, siéndo ya imposible designarlo.

acordó que la caravela se tornasse á España á dar relacion á Su Magestad del estado en que la tierra quedaba; y fué enviado para esto en ella Martin de Orne, natural de Horduña, y el contador Felipe de Castro: los quales en España, en el real quarto de Indias dieron relacion de lo que es dicho que les fué encargado, y Su Magestad proveyó que si Johan de Ayolas fuesse vivo, fuesse gobernador, y que si no era vivo, le fuesse Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Assi que, ydos estos procuradores á España, y quedados los bergantines aparejados, en la misma saçon partieron en ellos el Alonso Cabrera é Francisco Ruiz por generales con hasta trescientos y quarenta hombres, poco mas ó menos, y quedó en el pueblo de Buenos Ayres con el resto de la gente por capitán Johan Romero.

Éstos dos capitanes y bergantines, con la gente ya dicha, llegaron á la cibdad de la Asunción; é allí, viendo los poderes que tenia de Johan de Ayolas, y lo porveydo por Su Magestad, diéronle la obediencia al dicho Domingo de Irala, alias Vergara, el qual dió luego orden en que se fuesse á buscar al dicho gobernador, Johan de Ayolas, con seys navios; de los quales los tres dellos yban delante con el dicho Francisco Ruiz, al qual hizo el dicho Vergara su teniente, y le honró en todo lo que él pudo, no obstante las cosas passadas; y el dicho Vergara quedó atrás aparejando lo que convenia para el camino, y dexar en recaudo el pueblo. É estando en esso, llegaron indios de quatro generaciones, llamados *guemes*, *guatos*, *guatata* é *guayavus*, que son en la otra costa del rio Grande: lo qual sentido por los chripstianos, con algunos indios amigos de la tierra passaron á la otra costa á ver qué querian los dichos contrarios, los qua-

les, pensando con palabras engañar á los nuestros, fueron entendidos, y de necesidad ovieron de venir á las manos; y se trabó una escaramuça bien reñida, en que murieron dos chripstianos y un hijo del principal, dicho Caro-Aráz, é otros de los suyos: y captivaron los contrarios á un indio, esclavo de los chripstianos, que estaba vestido de una camiseta de algodón, y llevaron el arcabuz de uno de los chripstianos que mataron y la espada. Y con esto se fueron los dichos indios, porque los nuestros fueron socorridos de un bergantín de los chripstianos, de qué era capitán Lope Duarte.

Idos los indios, estaba allí un chripstiano dicho Etór de Acuña, portugués, el qual avia ydo en aquellas partes en el armada de Sebastian Gaboto, y aqueste vi-do el arcabuz y el espada que es dicho; é informóse de los indios que de dónde avian avido aquellas armas, y dixéronle que de los chripstianos que estaban en la otra costa del rio, y truxéronle el esclavo presso ya dicho de la camiseta, y deste se informó mas enteramente de lo que avia passado, segund la historia lo ha contado. Á este chripstiano Etór le tenian los indios, do estaba, en mucho, porque era valiente hombre de su persona, é aun mandábales á palos algunas veces; y este procuró que hiçiesen paçes los indios, donde él estaba, con los españoles, é los indios no lo querian haçer: antes de enojados, echaron el arcabuz que es dicho en el fuego, para lo partir é haçer pedaços para rescate y repartirle entre sí; y el arcabuz estaba cargado, y cómo se calentó reventó por muchas partes con grande estruendo, y lastimó á muchos indios circunstantes. El Etór les dixo que las armas de los chripstianos estaban enojadas con ellos, é que le llevassen á do estaban, é que los haria sus amigos, si no

¹ *Ayolas*: en algunos pasages se encuentra escrito: *Ayrolas*.

querian librar mal. É assi le llevaron á la costa del rio, y desde allí començó á dar voces, á las quales fué una canoa con chripstianos, por mandado del capitán Vergara, á ver qué querian; é ovieron habla con el Etór, el qual dixo que era chripstiano é que lo tomassen; y los de la canoa dixéronle: «Si eres chripstiano, échate á nado y tomarte hemos.» É assi lo hizo; el qual venia vestido de pieles de nutras, é truxéronle al capitán Vergara, y lo primero que hiço allí llegado, fué alçar las manos al cielo, y dixo: *¡Lado sea Chripsto, que con chripstianos me dexa ver!* É preguntó por la Cesárea Magestad del Emperador, nuestro señor, y dixo y relató el proçesso de su vida, y que mas adelante de donde él avia estado, tenian los indios otro chripstiano que se decía Johan de Fustes. Lo qual oydo por el capitán Vergara, envió al mismo Etór en canoas, y este truxo consigo algunos indios principales de aquellos señores que él conosciá y adonde avia morado, y el capitán les dió rescates y les hizo buen tractamiento, y envió con ellos al dicho Etór por el otro chripstiano Johan de Fustes, y lo truxeron. Y cobrados estos dos chripstianos, el dicho Vergara prosiguió su camino á buscar al dicho Johan de Ayolas, y alcanzó al dicho Francisco Ruiz que le atendia en el camino; y prosiguiendo en su viaje, llegaron á nueve leguas, adonde el dicho Johan de Ayolas avia entrado en tierra, y desde allí, puesta la carga de los bergantines en tierra, subió con dos otros bergantines el rio arriba el dicho Vergara, y con él el tesorero Garci Venegas, en busca de los indios llamados *apayaguas*, por ver si podrian tomar alguna lengua para su propósito y camino.

Y subiendo el rio arriba, dieron con una canoa que era espia de los dichos apayaguas, y el capitán Vergara y los chripstianos que con él avian estado en aquella tierra, se escondieron por no ser

conosciados de los indios, y ellos, pensando que era gente nueva, se vinieron hácia los nuestros y ofresciéronse de darles de comer y ser sus amigos, y decía que Johan de Ayolas estaba tierra adentro con los indios que se dicen chanes. Y el capitán Garci Venegas les hizo decir que él holgaba de su amistad y queria ser su amigo, y con esto se fué la canoa é dixo que la esperassen allí, que otro dia tornaba con comida, é assi lo hizo: y tornada la canoa, Garci Venegas salió en tierra é hizo poner una mesa con mantel y pan para mostrar que comian, y convidaba á los de la canoa para que se llegassen á la tierra, é assi lo hiçieron, y dieron lo que llevaban, que era pescado y caça, que no quedó sino uno que guardaba la canoa; pero salidos en tierra otros quatro ó cinco fueron pressos, y tambien se tomó el de la canoa. Estos dixeron que los apayaguas estaban el rio arriba en la laguna de los *mataraes* en guerra con ellos; y con estos guias subieron los chripstianos el rio arriba en busca de los apayaguas, y para favorecer á los mataraes, que eran amigos de los chripstianos. Mas por falta de tiempo, desde cinco ó seys leguas se tornaron los bergantines á donde avian dexado la carga, en el qual tiempo los dichos apayaguas, con vitoria y muerte de los mataraes, dieron conclusion á su guerra.

Mas el capitán Vergara con su gente y con los guias ya dichos entró en la tierra adentro en busca de Johan Ayolas, ignorando su muerte; pero los guias, como eran enemigos de chripstianos y culpantes en la muerte del dicho Johan de Ayolas, haçian el oficio de adalides en tal manera, que cómo creçian las aguas, traian los chripstianos perdidos de unas partes á otras por paludes é agua, por dar fin dellos. Aquesto les turó diez é nueve ó veynte dias, sin hallar muchas veces donde reposar ni comer pudiessen, lo qual vien-